

EDICIÓN

58

Noviembre / 2020

EL FARO

LLEVANDO LUZ A LAS NACIONES

EL ESPÍRITU PROFÉTICO

SERVICIOS DEVOCIONALES

MARTES - JUEVES - DOMINGOS
7:00 PM 7:00 PM 10:00 AM



EDITORIAL

El apóstol Pablo en su carta a los corintios, nos expresa la importancia de las cosas espirituales, dentro del contexto de la iglesia de Cristo y nos advierte sobre la necesidad que tenemos de no ser ignorantes a ese respecto (1 Corintios 12:1). Si Pablo, nos recalca sobre este punto, es porque debemos ponerle mucha atención a lo espiritual, recordemos lo dicho por el proverbio: Faltando la profecía, será disipado el pueblo; pero bienaventurado será el que guardare la ley (Oro Proverbios 29:18); de igual manera el profeta Amós nos indica: Ciertamente el Señor Dios no hace nada sin revelar su secreto a sus siervos los profetas (Amós 3:7). La iglesia no puede ser dirigida como una escuela o una empresa, la iglesia es el cuerpo de Cristo y está conformada por muchos miembros y cada miembro tiene una función vital, para el correcto funcionamiento de este.

Como el cuerpo de Cristo es uno y tiene muchos miembros, todos los miembros constituimos un solo cuerpo, pues en un mismo Espíritu, todos fuimos bautizados; podemos ver esto ejemplificado, en la visión que Ezequiel tuvo en el valle de los huesos secos: La mano del Señor vino sobre mí y me sacó en el Espíritu del Señor y me puso en medio del valle que estaba lleno de huesos. Y Él me hizo pasar en derredor de ellos y he aquí, eran muchísimos sobre la superficie del valle; y he aquí, estaban muy secos. Y Él me dijo: Hijo de hombre ¿vivirán estos huesos? Y yo respondí: Señor Dios, tú lo sabes. Entonces me dijo: Profetiza sobre estos huesos y diles: Huesos secos, oíd la palabra del Señor. Así dice el Señor Dios a estos huesos: He aquí, haré entrar en vosotros espíritu y viviréis.

pondré tendones sobre vosotros, haré crecer carne sobre vosotros, os cubriré de piel y pondré espíritu en vosotros y viviréis; y sabréis que yo soy el Señor. Profeticé pues, como me fue mandado y mientras yo profetizaba hubo un ruido y luego un estremecimiento y los huesos se juntaron cada hueso con su hueso. Y miré y he aquí, había tendones sobre ellos, creció la carne y la piel los cubrió, pero no había espíritu en ellos. Entonces Él me dijo: Profetiza al espíritu, profetiza, hijo de hombre y di al espíritu: Así

Si esta revista te ha bendecido

Puedes enviar tu colaboración

al No. de cuenta: 02-0018258-6

A nombre de: Iglesia Luz de las Naciones

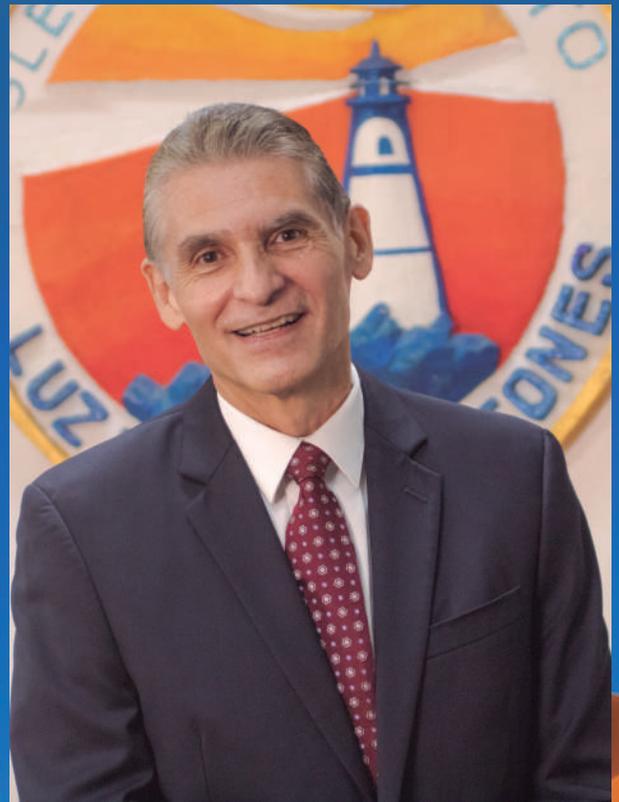
Banco: G&T Continental



dice el Señor Dios: Ven de los cuatro vientos, oh espíritu y sopla sobre estos muertos y vivirán. Y profeticé como El me había ordenado y el espíritu entró en ellos y vivieron y se pusieron en pie, un enorme e inmenso ejército (Ezequiel Cap. 37), el espíritu actuó devolviendo la vida a los huesos cuando Ezequiel profetizó, como sucedió en el Génesis cuando el Señor restauró la tierra durante los siete días de la creación. El Señor nos envió a Cristo, el ungido del Padre (Isaías 61:1-3); de quien dijo Juan en Bautista: Yo a la verdad os bautizo con agua para arrepentimiento, pero el que viene detrás de mí es más poderoso que yo, a quien no soy digno de quitarle las sandalias; El os bautizará con el Espíritu Santo y con fuego (Mateo 3:11). Es por esta razón, que el Señor Jesús nos dijo que no nos dejaría huérfanos, pues El nos daría otro Consolador, que estuviera siempre con nosotros, el Espíritu de verdad que mora en nosotros y estará en nosotros (Juan 14:16,17).

El espíritu de verdad que procede del Padre es el que da testimonio de Cristo (Juan 15:26); de tal manera que Juan en su Apocalipsis o Revelación, nos dice lo que sucedió cuando se encontró con el Ángel: Entonces caí a sus pies para adorarle. Y me dijo: No hagas eso; yo soy conservo tuyo y de tus hermanos que poseen el testimonio de Jesús; adora a Dios. Pues el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía (Apocalipsis 19:10). Como podemos ver, el testimonio de Jesús está en nosotros desde el día en que recibimos al Señor en nuestro corazón, nos abre las puertas al mundo espiritual de la luz, como dice el apóstol Pedro: Pero vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido para posesión de Dios, a fin de que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable (1Pedro 2:9). Esto fue lo que sucedió al apóstol Pablo mientras iba por el camino al acercarse a Damasco, de repente resplandeció en su derredor una luz del cielo; y al caer a tierra, oyó una voz que le decía: Saulo, Saulo ¿por qué me persigues? Pablo fue llevado a Damasco y cuando Ananías oró por él, al instante cayeron de sus ojos como unas escamas y recobró la vista y enseguida se puso a predicar a Jesús en las sinagogas, diciendo: El es el Hijo de Dios (Hechos cap. 9).

El libro de los Hechos nos relata que en la iglesia de Antioquia, había profetas y maestros y dentro del listado aparece el nombre de Saulo, el Espíritu de la profecía tomó a Saulo de tal manera que fue llevado al tercer cielo y al paraíso y se le dio a conocer palabras inefables que al hombre no se le permite expresar (Hechos 13:1-3; 1 Corintios 12:1-4). En esta oportunidad veremos las diferentes facetas en que el espíritu de la profecía se manifiesta en el cuerpo de Cristo. Esperamos que esta edición de nuestra revista sea de gran edificación para su vida.



Director General

Profeta Pedro Legrand

Portada y Edición

Profeta Pedro Legrand

Jonatan Aguilar

Redacción y corrección de estilo

Profeta Pedro Legrand

Jonatan Aguilar

Jorge Vasquez

Redactores del ministerio

17 Avenida 5-62 Zona 1
Ciudad de Guatemala

Teléfono / whatsapp:
+502 54744779

idcluzdelasnaciones@gmail.com
www.idcluzdelasnaciones.com

EL ESPÍRITU DE LA PROFECÍA



Cuando el apóstol Juan se encontraba prisionero en la Isla de Patmos, Dios el Padre le dio en visión, la revelación de Jesucristo, con el propósito de dar a conocer a sus siervos (la Iglesia), las cosas que deben suceder pronto. El Señor se la dio a conocer, por medio de su ángel; el cual dio testimonio de ser palabra de Dios y del testimonio de Jesucristo y de todo lo que vio (Apocalipsis 1:1,2). Juan también nos relató, que el ángel le dijo: Escribe: Bienaventurados los que están invitados a la cena de las bodas del Cordero. Y agregó: Estas son palabras verdaderas de Dios. Cuando Juan vio al ángel, cayó a sus pies para adorarle y el ángel le dijo: No hagas eso; yo soy consiervo tuyo y de tus hermanos que poseen el testimonio de Jesús; adora a Dios. Pues el testimonio de Jesús, es el espíritu de la profecía (Apocalipsis 19:9,10). Como podemos ver, el apóstol se encontraba perplejo ante aquel ángel y sintió el impulso de adorarlo, pero él se lo impidió, indicándole que también era un siervo de su Señor al igual que Juan y sus hermanos que poseen el testimonio del Señor. Cuando el apóstol Juan en su evangelio, habló sobre Juan el Bautista, dijo: Vino al mundo un hombre enviado por Dios, cuyo nombre era Juan. Este vino como testigo, para testificar de la luz, a fin de que todos creyeran por medio de él. No era él la luz, sino que vino para dar testimonio de la luz, es decir Cristo (Juan 1:6-8).

El apóstol Juan nos muestra, a un Juan el Bautista, en la cúspide de la revelación del Mesías, cumpliendo con lo dicho por ángel a su padre Zacarías: Y tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo; porque irás delante del Señor para preparar sus caminos; para dar a su pueblo el conocimiento de la salvación por el perdón de sus pecados (Lucas 1:76,77). De igual manera, el apóstol Pedro testificó sobre Cristo diciendo: Dios ha cumplido así lo que anunció de antemano por boca de todos los profetas: que su Cristo debería padecer. ... Moisés dijo: el Señor Dios os levantará un profeta como yo de entre vuestros hermanos; a Él prestareis atención en todo cuanto os diga. Y sucederá que todo el que no preste atención a aquel profeta, será totalmente destruido de entre el pueblo. Y asimismo, todos los profetas que han hablado desde Samuel y sus sucesores en adelante, también anunciaron estos días (Hechos 3: 18,22-24). Como podemos ver, el Espíritu de la profecía, es el testimonio de Jesucristo, del cual hablaron todos los profetas en el Antiguo Testamento, ellos dijeron en donde nacería (Miqueas 5:2); que nacería de una virgen y su nombre sería Emmanuel (Isaías 7:14); saldría de la tribu de Judá (Génesis 49:10); sería heredero del trono de David (Isaías 9:7); el tiempo exacto de su nacimiento

(Daniel 9:25); sería rechazado por su pueblo, llevaría nuestras enfermedades y cargaría con nuestros dolores; con todo, nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y afligido; como cordero mudo fue al matadero sin abrir su boca, fue herido por nuestras transgresiones, molido por nuestras iniquidades, el Señor hizo que cayera sobre Él, la iniquidad de todos nosotros, se dispuso con los impíos su sepultura, pero con el rico fue en su muerte, (Isaías 53:3-9); por mencionar algunas. El apóstol Pedro habló a este respecto: Acerca de esta salvación, ya que los profetas que profetizaron de la gracia que vendría a vosotros, diligentemente inquirieron e indagaron, procurando saber qué persona o tiempo indicaba el Espíritu de Cristo dentro de ellos, al predecir los sufrimientos de Cristo y las glorias que seguirían. A ellos les fue revelado que no se servían a sí mismos, sino a vosotros, en estas cosas que ahora os han sido anunciadas mediante los que os predicaron el evangelio, por el Espíritu Santo enviado del cielo; cosas a las cuales los ángeles anhelan mirar (1 Pedro 1:10-12).

En el Nuevo Testamento, ya no es el Espíritu de Cristo o el Espíritu de la profecía, como le llamaban los hebreos, el que revela, sino el Espíritu Santo. La expresión Ruah HaKodesh, que suele traducirse como Espíritu Santo, aparece en la Biblia hebrea en Isaías 63:10, donde dice: Mas ellos se rebelaron y contristaron su santo Espíritu... y en el Salmo 51:11: No me echés de tu presencia y no quites de mí tu santo Espíritu. En el Targúm (interpretación aramea de la Biblia hebrea) dice en Isaías: Las palabras de los profetas de su santidad y el salmo dice: Y el espíritu de profecía de tu santidad no me quites. La Palabra nos narra que el pueblo cansado del maná, empezó a murmurar, recordando la comida de Egipto y la ira del Señor se encendió en gran manera y Moisés dijo al Señor: Yo solo no puedo llevar a todo este pueblo, porque es mucha carga para mí.

Entonces el Señor dijo a Moisés: Reúneme a setenta hombres de los ancianos de Israel, a quienes tú conozcas como los ancianos del pueblo y a sus oficiales y tráelos a la tienda de reunión y que permanezcan allí contigo. Entonces descenderé y hablaré contigo allí y tomaré del Espíritu que está sobre ti y lo pondré sobre ellos y llevarán contigo la carga del pueblo, para que no la lleves tú solo. El Señor descendió en una nube y tomó del Espíritu

que estaba en él y lo colocó sobre los setenta ancianos. Y sucedió que cuando el Espíritu reposó sobre ellos, profetizaron y no cesaron (Reina Valera 1909). Pero dos hombres habían quedado en el campamento; uno se llamaba Eldad y el otro se llamaba Medad. Y el Espíritu reposó sobre ellos (ellos estaban entre los que se habían inscrito, pero no habían salido a la tienda) y profetizaron en el campamento. Y un joven corrió y avisó a Moisés, diciendo: Eldad y Medad están profetizando en el campamento. Entonces respondió Josué, hijo de Nun, ayudante de Moisés desde su juventud y dijo: Moisés, señor mío, deténlos. Pero Moisés le dijo: ¿Tienes celos por causa mía? ¡Ojalá todo el pueblo del Señor fuera profeta, que el Señor pusiera su Espíritu sobre ellos! (Números Cap. 11). Ezequiel profetizó la venida del Espíritu Santo: Además, os daré un corazón nuevo y pondré un espíritu nuevo dentro de vosotros; quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Pondré dentro de vosotros mi espíritu y haré que andéis en mis estatutos y que cumpláis cuidadosamente mis ordenanzas (Ezequiel 36:26,27).

El día de pentecostés cuando descendió el Espíritu sobre los ciento veinte, el apóstol Pedro dijo: porque éstos no están borrachos como vosotros suponéis, pues apenas es la hora tercera del día; sino que esto es lo que fue dicho por medio del profeta Joel: y sucederá en los últimos días, dice Dios, que derramare de mi Espíritu sobre toda carne; y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán, vuestros jóvenes verán visiones y vuestros ancianos soñaran sueños; y aun sobre mis siervos y sobre mis siervas derramare de mi Espíritu en esos días y profetizarán. Con relación a esto, Jesús dijo: Cuando venga el Consolador, a quien yo enviaré del Padre, es decir, el Espíritu de verdad que procede del Padre, El dará testimonio de mí y vosotros daréis testimonio también, porque habéis estado conmigo desde el principio (Juan 15:26,27).

Y agrega: Pero cuando Él, el Espíritu de verdad venga, os guiará a toda la verdad, porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oiga y os hará saber lo que habrá de venir. Él me glorificará, porque tomará de lo mío y os lo hará saber (Juan 16:13,14). Como hemos visto, el Espíritu Santo es el Espíritu de la profecía y si el Espíritu habita en nosotros, nos habilita para profetizar como sucedió a los setenta ancianos.

LA UNCIÓN



La Palabra de Dios, nos narra que en el principio la tierra estaba desordenada y vacía y el Espíritu de Dios se movía sobre las aguas, entonces el Señor, hizo su creación, formó los valles, el mar, las lumberras y todos los animales, pero en el sexto día, Dios hizo al hombre del polvo de la tierra y sopló en su nariz el aliento de vida (Génesis Cap. 1,2). Vemos acá que desde el principio, el Señor quiso depositar de su esencia en el hombre, sin embargo por su rebelión, el hombre y la mujer conocieron el bien y el mal, por lo que fueron echados del huerto del Edén. Es lamentable lo que sucedió con la humanidad, pero Dios en su misericordia se ha manifestado a nosotros para reconciliarnos con Él; un ejemplo de esto es Moisés, a quien el Señor envió para liberar a Israel de la esclavitud, guiándolos con su presencia hasta la tierra de Canaán. Podemos decir que Moisés fue un hombre lleno de la Unción del Señor, pues a través de él, Dios manifestó su poder. La palabra hebrea para unción es la H4886 mashaj; que quiere decir frotar con aceite, ungir o unción. Ungir tiene que ver con el fin de apartar a alguna persona u objeto para algún ministerio o función determinada; es así como Moisés, aunque no había sido ungido de una manera física, el Señor lo había escogido desde el vientre de su madre, pues dice la Palabra que Moisés era hermoso ante los ojos de Dios y fue salvado de las aguas del Nilo (Hechos 7:20-25).

Moisés se encontró con la zarza ardiente en el monte de Dios y se acercó para verla, Dios le habló de en medio de la zarza y lo habilitó para hacer milagros y prodigios, con la vara que tenía en la mano y le dijo: Ahora pues, ve y yo estaré con tu boca y te enseñaré lo que has de hablar (Éxodo 4:12). Esto nos enseña que el Señor depositó de su Espíritu (Unción) en Moisés, para que pudiera ser el libertador de Israel. Más adelante la Escritura nos habla que a Moisés, le fue entregada la Ley con la cual instruyó al pueblo acerca de los mandamientos y estatutos de Dios; uno de ellos fue acerca del aceite de la unción, el cual constaba de una mezcla específica de especias finas, que serviría para ungir la tienda de reunión, el Arca del Testimonio, la mesa con sus utensilios, la lámpara de aceite, el altar del incienso, el altar del holocausto, para consagrar y santificar todo aquello que el aceite tocara. Después el Señor instruyó a Moisés para ungir a Aarón y a sus hijos como sacerdotes (Éxodo 30:22-29). Esto nos enseña que el aceite de la unción era para usos específicos que Dios había mandado, tanto así que el aceite de la santa unción no podía ser

derramado sobre nadie, ni se podía hacer otro igual, pues era santo y cualquiera que hiciera otro semejante o lo pusiera sobre un laico, tendría que ser cortado de la congregación (Éxodo 30:29-33). Vemos acá que uno de los propósitos de la unción, es consagrar o dedicar, ya que Aarón y sus hijos estaban siendo apartados para el ministerio que el Señor estaba por darles, pues ellos llevarían la carga de ministrar al pueblo, por lo cual Dios mandó a Moisés a unguirlos, como dice la Palabra: Tú has exaltado mi poder como el búfalo he sido unguido con aceite fresco (Salmos 92:10); es decir que ellos estaban siendo habilitados, para llevar esta carga tan importante. En el Antiguo Testamento solo se unguían a tres personas, los reyes, sacerdotes y profetas. Como ejemplo de los reyes tenemos a Saúl, a quien Dios unguió como príncipe sobre su pueblo (1 Samuel 10:1); entre los sacerdotes tenemos a Aarón y sus hijos (Éxodo 30:30) y de los profetas tenemos a Eliseo (1 Reyes 19:16).

Vemos claramente en la persona de Jesús, como la unción consagra y habilita. Dice la Palabra que el Señor luego de ser bautizado, el Espíritu Santo descendió sobre Él como paloma y una voz se oyó en los cielos y decía: Este es mi Hijo amado en quien me he complacido; y desde entonces Jesús empezó a predicar y a decir: arrepentíos porque el reino de los cielos se ha acercado (Mateo 3:13-17, Mateo 4:17). En resumen, podemos decir que la unción, es la capacitación sobrenatural, gracia, presencia manifiesta del Espíritu Santo, operando sobre una persona o un grupo de personas para el servicio de la obra de Dios; la unción profética la podemos resumir como el testimonio de Jesús, pues el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía (Apocalipsis 19:10). La unción profética tiene como propósito interpretar, declarar y dar a conocer la voluntad, el consejo de Dios, para una situación o tiempo determinado.

La idea es dar a conocer por medio de la boca de un hombre el corazón de Dios, pensamientos espirituales con palabras espirituales (1 Corintios 2:12-13). Mientras que el Antiguo Pacto, la unción profética venía sobre los profetas, cuando el Señor quería comunicar algo; en el Nuevo Pacto, fue necesario que el Señor Jesucristo mandara el Espíritu Santo, para que así la unción fuera para todos, pues dice el Apóstol Juan: En cuanto a vosotros, estáis unguidos por el Santo y todos vosotros lo conocéis (1 Juan 2:20), esto sucedió en el día de pentecostés, cuando todos estaban juntos y de repente vino del cielo, un viento recio que llenó toda la casa donde se encontra-

ban y se les aparecieron lenguas como de fuego, que repartiéndose se posaron sobre cada uno de ellos, entonces todos fueron llenos del Espíritu Santo y comenzaron hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba habilidad para expresarse (Hechos 2:2-4). Esto quiere decir que es necesario recibir al Señor Jesucristo en nuestro corazón, para que la unción descienda sobre nosotros y así el Señor nos use conforme su voluntad, pues si Dios es nuestro fundamento, debemos apartarnos de todo aquello que al Señor no le agrada, ya que todos somos vasos en la casa del Señor y si nos limpiamos del pecado, seremos un vaso de honra santificado, útil y preparado para toda buena obra (2 Timoteo 2:19-21). El Señor Jesucristo dijo: Permaneced en mí y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo si no permanece en la vid, así tampoco vosotros si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto, porque separados de mí nada podéis hacer (Juan 15:4-5).

Al igual que una vid alimenta a sus ramas con su savia para que se mantengan con vida, cada uno de nosotros unidos como parte del cuerpo de Cristo, somos llenos de su unción (savia), pero al separarnos de Él, su unción no está en nosotros y corremos el peligro de ser echados al fuego, pues estaremos secos y sin fruto. Por lo tanto cada uno debe permanecer en el Señor, pues hemos recibido de su unción, la cual nos enseña la verdad y no la mentira, pues dice la escritura que el Espíritu nos guiará a toda la verdad (Cristo) (Juan 16:13). La unción profética, nos habilita para predicar y anunciar a Jesús; si hemos creído en Él, en su nombre echaremos fuera demonios, hablaremos nuevas lenguas, tomaremos serpientes en las manos y aunque bebamos algo mortífero, no nos hará daño; sobre los enfermos pondremos las manos y se pondrán bien (Marcos 16:17,18). Al recibir el testimonio de Cristo en nuestro corazón, el Espíritu Profético descenderá sobre nosotros y al igual que los profetas del antiguo tiempo, anunciamos la venida de Jesús, pues el Espíritu y la esposa dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven. Y el que tiene sed, venga; y el que desea, que tome gratuitamente del agua de la vida (Apocalipsis 22:17). Así que, como dice el apóstol Pablo: Amados míos, tal como siempre habéis obedecido, no sólo en mi presencia, sino ahora mucho más en mi ausencia, ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor; porque Dios es quien obra en vosotros tanto el querer como el hacer, para su beneplácito (Filipenses 2:12-13).

EL DON



Algunas veces como padres, damos dadas a nuestros hijos, sin tener una razón mas que poder ver la felicidad que les causa el regalo; la palabra de Dios nos dice: ...Si nosotros siendo malos, damos buenas dadas a nuestros hijos ¿Cuánto más el Padre celestial daría el Espíritu Santo a los que se lo pidan? (Lucas 11:13). Esto nos dice que el Señor como un padre, nos da de su Espíritu Santo, siempre que se lo pidamos; es decir que el Don de Dios, es para todo aquel que lo anhele y lo desee, ya que al recibir al Espíritu Santo hay una evidencia en nuestro ser, tal como Pablo dice a Timoteo: Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio. Por tanto, no te avergüences del testimonio de nuestro Señor... (2 Timoteo 1:7,8). Vino la palabra del Señor al profeta Joel diciendo: Y sucederá que después de esto, derramaré mi Espíritu sobre toda carne; y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán, vuestros ancianos soñarán sueños, vuestros jóvenes verán visiones. Y aun sobre los siervos y las siervas derramaré mi Espíritu en esos días (Joel 2:28,29). Para que esto sucediera, Dios envió a su hijo Jesús para morir por nuestros delitos y pecados; después de resucitar, se presentó a los apóstoles y les dijo que no salieran de Jerusalén, hasta recibir la promesa del Padre.

En el día de pentecostés, la Palabra nos dice que estaban todos juntos en un mismo lugar y de repente vino del cielo un ruido como el de una ráfaga de viento impetuoso, que llenó la casa donde estaban y se les aparecieron lenguas como de fuego, que repartiéndose se posaron sobre cada uno de ellos. Todos fueron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en otras lenguas según el Espíritu les daba habilidad para expresarse (Hechos 2:1-4). Vemos acá, como el Padre derramó su Espíritu con gran poder, pues el papel que la Iglesia empezaría a desempeñar, desde aquel momento, sería el de testificar en Jerusalén, en Judea, en Samaria y hasta los confines de la tierra (Hechos 1:8). En el día de pentecostés, empezó la era del Espíritu Santo.

El Espíritu Santo da dones espirituales, de los que el apóstol Pablo dice: En cuanto a los dones espirituales, no quiero, hermanos, que seáis ignorantes. Por tanto, os hago saber que nadie hablando por el Espíritu de Dios, dice: Jesús es anatema; y nadie puede decir: Jesús es el Señor, excepto por el Espíritu Santo. Ahora bien, hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo. Y

hay diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo. Y hay diversidad de operaciones, pero es el mismo Dios el que hace todas las cosas en todos. Pero a cada uno se le da la manifestación del Espíritu para el bien común (1 Corintios 12:3-7). Lo que el apóstol nos dice, es que nadie puede negar a Jesús si el Espíritu Santo está en él; al recibir el don, también tenemos que saber que no es para uso personal, sino para el bien común, pues según cada uno ha recibido un don especial, úselo sirviéndoos los unos a los otros, como buenos administradores de la multi-forme gracia de Dios (1 Pedro 4:10). De la misma manera, el apóstol Santiago nos dice que, toda buena dádiva y todo don perfecto viene de lo alto, desciende del Padre de las luces, con el cual no hay cambio ni sombra de variación (Santiago 1:17). Entendemos entonces que el don es perfecto, pero nosotros nos tenemos que perfeccionar en el uso del mismo. Si sabes que tienes un don de parte del Señor, no dudes en usarlo pues en el cuerpo de Cristo, todos tenemos dones diferentes según la gracia que nos ha sido dada. Si el don de alguien es el de profecía, que lo use en proporción con su fe (BAD Romanos 12:6).

De tal forma que, el don que nos ha sido conferido puede ser usado de una mejor manera, cuando aumenta la fe en nosotros, dice la Escritura: ...En verdad os digo que si tenéis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: Pásate de aquí allá y se pasará; y nada os será imposible (Mateo 17:20); ahora imaginémonos si nuestra fe en Dios, fuera del tamaño de una montaña ¿Cómo sería la manifestación de los dones en nosotros? El apóstol Pablo nos dice que, el Espíritu le da a uno palabra de sabiduría, a otro, palabra de conocimiento según el mismo Espíritu; a otro, fe por el mismo Espíritu; a otro, dones de sanidad por el único Espíritu; a otro, poder de milagros; a otro, profecía; a otro, discernimiento de espíritus; a otro, diversas clases de lenguas y a otro, interpretación de lenguas. Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, distribuyendo individualmente a cada uno según la voluntad de Él (1 Corintios 12:8 -11). El apóstol Pablo aconsejó a Timoteo diciendo: Por lo cual te recuerdo que avives el fuego del don de Dios que hay en ti por la imposición de mis manos (2 Timoteo 1:6). Esto hace referencia a que nosotros debemos buscar constantemente la presencia del Señor y anhelar ser usados por el Espíritu, para bendecir al cuerpo de Cristo; por lo tanto, tenemos que aprender a morir a nosotros mismos y a nuestros deseos, para convertirnos en bendición para el cuerpo de Cristo; necesitamos tutores, que nos ayuden, no solo a usar los dones y a fluir

en el Espíritu Santo. Por esta razón la Escritura nos dice que procuremos alcanzar el amor, pero que también deseemos grandemente los dones, sobre todo que profetecemos, pues el que habla en lenguas no lo hace a los hombres sino a Dios, pero el que profetiza habla a los hombres para edificación, exhortación y consolación (1 Corintios 14:1-3).

El don de profecía debe ser usado conforme al Espíritu y no conforme a nuestra voluntad, pues incluso los profetas del Antiguo Pacto, debían esperar a que la Palabra del Señor se manifestara; ahora nosotros tenemos al Espíritu Santo morando en nosotros y así tenemos la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en prestar atención como a una lámpara que brilla en el lugar oscuro, hasta que el día despunte y el lucero de la mañana aparezca en vuestros corazones. Pero ante todo sabed esto, que ninguna profecía de la Escritura es asunto de interpretación personal, pues ninguna profecía fue dada jamás por un acto de voluntad humana, sino que hombres inspirados por el Espíritu Santo hablaron de parte de Dios (2 Pedro 1:19-21). Esto nos enseña que el don de profecía debe ser guiado bajo la unción profética del Espíritu y la profecía debe ser basada en la Escritura, el fin de una profecía debe ser para edificación del cuerpo de Cristo, por tanto, para que nuestro don no se desperdicie, no debemos dejar de congregarnos como muchos tienen por costumbre, sino que debemos buscar constantemente al Señor.

El apóstol Pablo pregunta: ¿Qué hay que hacer, pues, hermanos? Cuando os reunís, cada cual aporte salmo, enseñanza, revelación, lenguas o interpretación. Que todo se haga para edificación (1 Corintios 14:26). Es decir que nosotros al reunirnos, no debemos apagar al Espíritu, ni menospreciar las profecías, sino que debemos examinarlo todo, retengamos lo bueno y desechemos lo malo (1 Tesalonicenses 5:19-22). Si la unción representa al atrio, el don lo podríamos ubicar, en el lugar santo; recordemos que en el lugar Santo, alumbraba la lámpara de aceite que tenía que ser encendida a diario. El aceite del Espíritu Santo debe ser derramado sobre nuestras vidas todos los días, para que la luz de su revelación, se manifieste en nosotros y podamos alumbrar a los demás; de igual forma, se encontraba la mesa de los panes de la proposición, que nos habla de la palabra de Dios, que tiene que morar en nuestros corazones, pues de la abundancia del corazón habla la boca (Lucas 6:45). Por lo tanto hermanos, anhelemos los mejores dones, sobre todo el profetizar.

EL MINISTERIO

Como hemos visto en temas anteriores, la unción profética, se da en la unidad del pueblo y es semejante al óleo que se derrama sobre la cabeza y desciende hasta el borde del vestido (Salmo 133), el Señor busca a un vaso en medio de la congregación, para ser usado; el don profético, se de manera diferente, ya que no se necesita que esté todo el pueblo unido, para que descienda la unción, más bien, la Palabra desciende para llenar al vaso, para una acción y tiempo determinado, el ejemplo de esto es Ananías, quien es enviado a abrir los ojos de Saulo de Tarso (Hechos 9:10-18). En esta oportunidad hablaremos del ministerio u oficio profético; este es el caso de aquellas personas que fueron predestinadas y preordenadas para una época y tiempo específico, veamos lo que el Señor le dijo al profeta Jeremías: Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Antes que yo te formara en el seno materno, te conocí y antes que nacieras, te consagré, te puse por profeta a las naciones. Entonces dije: ¡Ah, Señor Dios! He aquí, no sé hablar, porque soy joven. Pero el Señor me dijo: No digas: Soy joven, porque adondequiera que te envíe, irás y todo lo que te mande, dirás (Jeremías 1:4-7).

Como podemos ver, el Señor ya había conocido al profeta aun antes de nacer y había preparado los lugares y las palabras que habrían de salir de su boca. Ahora bien, alguien podría preguntar ¿Habrá profetas que no han sido, predestinados y preordenados? Veamos lo que dice la Palabra sobre un hombre que es llamado de esta manera: Entonces respondió Amós y dijo a Amasías: Yo no soy profeta, ni hijo de profeta, sino que soy boyero (cuidador de bueyes) y cultivador de sicómoros (higueras). Pero el Señor me tomó cuando pastoreaba el rebaño y me dijo: Ve, profetiza a mi pueblo Israel (Amós 7:14-15). Ahora bien, debemos entender que Dios es un estratega y como tal, sus planes siempre se van a cumplir (Isaías 46:11), es decir que el Señor llama a uno, pero si éste falla, Él ya tiene contemplado a uno en su lugar, si falla un Saúl, se levantará un David (1 Samuel cap. 16). Pero ¿Cuál es el trabajo de un profeta? ¿De qué trata el ministerio profético? Veamos lo que el Señor le dice a los profetas: El Espíritu del Señor Dios está sobre mí, porque me ha unguido el Señor para traer buenas nuevas a los afligidos; me ha enviado para vendar a los quebrantados de corazón, para proclamar libertad a los cautivos y liberación a los prisioneros; para proclamar el año favorable del Señor y el día de venganza de nuestro Dios; para consolar a todos los que lloran, para conceder que a los que lloran en Sion se les dé diadema en vez de ceniza, aceite de alegría en vez de luto, manto de alabanza en vez de espíritu abatido; para que sean

llamados robles de justicia, plantío del Señor, para que Él sea glorificado (Isaías 61:1-3). Mira, hoy te he dado autoridad sobre las naciones y sobre los reinos, para arrancar y para derribar, para destruir y para derrocar, para edificar y para plantar (Jeremías 1:10). Y él me dijo: Hijo de hombre, come lo que tienes delante; come este rollo y ve, habla a la casa de Israel. Abrí, pues, mi boca y me dio a comer el rollo. Entonces me dijo: Hijo de hombre, alimenta tu estómago y llena tu cuerpo de este rollo que te doy. Y lo comí y fue en mi boca dulce como la miel. Me dijo, además: Hijo de hombre, ve a la casa de Israel y háblales con mis palabras (Ezequiel 3:1-4).

Cada una de las palabras dichas a estos varones, son descripciones del trabajo que desarrollan los profetas y es de resaltar lo dicho al profeta Ezequiel, como recordatorio de que el profeta de Dios debe alimentarse de la Palabra que proviene de Él, como dijo el Señor Jesús: Escrito está: no solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios (Mateo 4:4). Es por esto que el Señor dijo a sus discípulos: Y cuando vayáis, predicad diciendo: El reino de los cielos se ha acercado. Sanad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, expulsad demonios; de gracia recibisteis, dad de gracia (Mateo 10:7-8); pues de la abundancia del corazón habla la boca (Lucas 6:45). Esto quiere decir que el ministerio profético, es respaldado por la Palabra de Dios, es más, el ministerio profético nace de la Palabra, el Verbo de vida, Jesucristo y es Él quien da este ministerio, veamos lo que nos dicta la Escritura: Pero a cada uno de nosotros se nos ha concedido la gracia conforme a la medida del don de Cristo.

Por tanto, dice: Cuando ascendió a lo alto, llevo cautiva una hueste de cautivos y dio dones a los hombres (Efesios 4:7-8). La palabra que se usa en este extracto, según el diccionario Strong, es la palabra griega G1390 *dóma*; presente, dádiva, regalo, don. Esta viene de la raíz G1325 *dídomi*; conceder, confiar, constituir, etc. Lo que nos muestra que el Señor Jesús, confió y constituyó este ministerio en el corazón del hombre, que ha sido llamado al oficio profético. El diccionario Thayer, nos amplía un poco más este concepto y dice del *dóma*; implica a uno que ejecuta los mandatos de otro, especialmente de un amo; siervo, asistente, ministro y agrega como incisos: A) Sirviente de un rey. B) un diácono (mayordomo, sirviente), aquel que en virtud del oficio que le asigna la iglesia, se preocupa por lo que tiene a su cargo. C) un camarero (sirviente), aquel

que sirve comida y bebida. En esta ampliación del concepto nos damos cuenta, que el hombre que desarrolla el ministerio u oficio profético se convierte en mayordomo del llamado, que Dios le ha hecho; se convierte en sirviente y ejecutor de su Palabra, en uno que da alimento al hambriento y agua al sediento. Ahora bien, algo importante de mencionar, es que todos los profetas profetizan, pero no todos los que profetizan son profetas. Usted dirá ¿Habrán en la Biblia, algún ejemplo de esto? Claro que sí, dice la Biblia, que en una ocasión, una esclava que tenía un espíritu de adivinación gritaba por muchos días detrás de Pablo y los que lo acompañaban: Estos hombres son siervos del Dios Altísimo, quienes os proclaman el camino de salvación.

Y Pablo molesto dijo al espíritu: ¡Te ordeno, en el nombre de Jesucristo, que salgas de ella! Y salió en aquel mismo momento (Hechos 16:16-18). Como podemos observar, este espíritu inmundo, buscaba la confirmación o validación, de un supuesto ministerio profético, pero Pablo guiado por el Espíritu Santo, se dio cuenta del engaño; por esto el Señor advirtió: Cuidaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis (Mateo 7:15-16). En el relato de Pablo, la mujer era una esclava y buscaba solamente hacer dinero para sus amos y así hay muchos en este tiempo, se han vuelto esclavos de sus propias pasiones y buscan hacerse de fama, riquezas y de alabanzas para ellos, no se han dado cuenta que han caído en el pecado de Luzbel y por tal motivo serán lanzados a tierra (Ezequiel 28:15-18); pues han sido malos administradores del llamamiento que el Señor les ha hecho.

Cada uno de los profetas, que han sido llamados al servicio del Señor son testigos del Mesías, los del Antiguo Testamento dice la Escritura: Acerca de esta salvación, los profetas que profetizaron de la gracia que vendría a vosotros, diligentemente inquirieron e indagaron, procurando saber qué persona o tiempo indicaba el Espíritu de Cristo dentro de ellos, al predecir los sufrimientos de Cristo y las glorias que seguirían (1 Pedro 1:10-11). Es decir que ellos profetizaron, sobre la venida del Mesías, mientras que los profetas del Nuevo Testamento, profetizan sobre la segunda venida del Señor. Si el Señor te ha llamado al ministerio profético, dice la Biblia: Vengo pronto; retén firme lo que tienes, para que nadie tome tu corona (Apocalipsis 3:11).

JESÚS EL PROFETA

Luego de que el Señor abriera el mar Rojo y sepultara ahí a Faraón y sus carros, Dios habló a Moisés para ordenar al pueblo y darles sus estatutos, además Moisés dijo a Israel: Un profeta de en medio de ti, de tus hermanos, como yo, te levantará el Señor tu Dios; a él oiréis... Y el Señor me dijo: Bien han hablado en lo que han dicho. Un profeta como tú levantaré de entre sus hermanos y pondré mis palabras en su boca y él les hablará todo lo que yo le mande. Y sucederá que a cualquiera que no oiga mis palabras que él ha de hablar en mi nombre, yo mismo le pediré cuenta (Deuteronomio 18:15-19). Esta es la primera profecía en la que, al Señor Jesús, se le denomina profeta y es de aquí desde donde parte nuestro tema, Jesús el profeta. Muchas son las figuras o formas en las que vemos a Jesús; como libertador, pues nos ha liberado del pecado (Efesios 1:7), como hermano (Hebreos 2:1-12), como esposo (Efesios 5:24-27), como pastor (Juan 10:10-18), etc.; pero pocas veces, se habla del ministerio profético del Señor Jesucristo, sobre todo porque la iglesia ha menguado en el mover profético que debería de manifestar. Dice el profeta Isaías: El Espíritu del Señor Dios está sobre mí, porque me ha ungido el Señor para traer buenas nuevas a los afligidos; me ha enviado para vendar a los quebrantados de corazón, para proclamar libertad a los cautivos y liberación a los prisioneros; para proclamar el año favorable del Señor y el día de venganza de nuestro Dios; para consolar a todos los que lloran, para conceder que a los que lloran en Sion se les dé diadema en vez de ceniza, aceite de alegría en vez de luto, manto de alabanza en vez de espíritu abatido; para que sean llamados robles de justicia, plantío del Señor, para que Él sea glorificado (Isaías 61:1-3).

Esto lo corroboró el Señor Jesús cuando entrando a la sinagoga, le fue dado el rollo del profeta Isaías: El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar el evangelio a los pobres. me ha enviado para proclamar libertad a los cautivos y la recuperación de la vista a los ciegos; para poner en libertad a los oprimidos; para proclamar el año favorable del Señor y agregó: Hoy se ha cumplido esta Escritura que habéis oído. Y todos hablaban bien de Él y se maravillaban de las palabras llenas de gracia que salían de su boca y decían: ¿No es éste el hijo de José?

Entonces Él les dijo: Sin duda me citaréis este refrán: Médico, cúrate a ti mismo; esto es, todo lo que oímos que se ha hecho en Capernaúm, hazlo también aquí en tu tierra. Y dijo: En verdad os digo, que ningún profeta es bien recibido en su propia tierra (Lucas 4:18-24). El Señor se refería sin duda a lo que el Apóstol Juan dijo:

En el mundo estaba y el mundo fue hecho por medio de Él y el mundo no le conoció. A lo suyo vino y los suyos no le recibieron (Juan 1:10-11). Aquellos a los que se había acercado el Verbo de vida, no entendieron que el Profeta del cual Moisés les había hablado, estaba delante de ellos, aún así el Señor siguió adelante con el ministerio y cumplió con todo lo descrito por Isaías, por ejemplo cuando dice: ...me ha ungido para anunciar el evangelio a los pobres; encontramos en la Palabra que en una ocasión, en el último día de la fiesta de los tabernáculos, el Señor dijo: Si alguno tiene sed, que venga a mí y beba. El que cree en mí, como ha dicho la Escritura: De lo más profundo de su ser brotarán ríos de agua viva.

Pero Él decía esto del Espíritu, que los que habían creído en Él habían de recibir; porque el Espíritu no había sido dado todavía, pues Jesús aún no había sido glorificado. Entonces algunos de la multitud, cuando oyeron estas palabras, decían: Verdaderamente este es el Profeta. Otros decían: Este es el Cristo (Juan 7:37-52). Como podemos ver, uno de los trabajos del ministerio profético del Señor Jesús, es hacer que brote agua de los que creen, de los que son piedras vivas (1 Pedro 2:5-8); esto en figura de su predecesor Moisés en el desierto, quien hizo brotar agua de la roca (Éxodo cap. 17). También dice la Escritura, para proclamar libertad a los cautivos; en aquel momento llegaron unos fariseos diciéndole: Sal y vete de aquí, porque Herodes te quiere matar. Y Él les dijo: Id y decidle a ese zorro: Yo expulso demonios y hago curaciones hoy y mañana y al tercer día cumplo mi propósito. Sin embargo, debo seguir mi camino, hoy, mañana y pasado mañana; porque no puede ser que un profeta muera fuera de Jerusalén (Luc 13:22-35).

Esto nos muestra que el ministerio profético de Jesús también consistía en traer libertad al cautivo, ya sea de enfermedad, de mentalidad o aun espiritual como en el caso del gadareno (Lucas 8:26-39), pero esto no solo quedó en Jesús, sino que Él también nos delegó a nosotros sus discípulos esta tarea, dice la Biblia: Reuniendo a los doce, les dio poder y autoridad sobre todos los demonios y para sanar enfermedades. Y los envió a proclamar el reino de Dios y a sanar a los enfermos (Lucas 9:1-9), ¿Eres tú un discípulo? Entonces has sido llamado a traer libertad al cautivo, ¡Aleluya! Sigue diciendo: Para poner en libertad a los oprimidos; un día un fariseo llamado Simón invitó a comer a su casa a Jesús, en aquel lugar estando sentados entró una mujer pecadora, la cual tomó un frasco de alabastro lleno de perfume y lo derramó en los pies de Jesús, ella lavó los pies del Señor con sus lágrimas, pero

Simón dijo para sí: Si éste fuera un profeta, sabría quién y qué clase de mujer es la que le está tocando, que es una pecadora. Y respondiendo Jesús, le dijo: Simón, tengo algo que decirte: Y él dijo di, Maestro. Cierta prestamista tenía dos deudores; uno le debía quinientos denarios y el otro cincuenta; y no teniendo ellos con qué pagar, perdonó generosamente a los dos. ¿Cuál de ellos, entonces, le amará más? Simón respondió y dijo: Supongo que aquel a quien le perdonó más. Y Jesús le dijo: Has juzgado correctamente. Jesús entonces comenzó a confrontar a Simón, pues no le había dado agua para los pies, no le había besado al entrar y no había ungido su cabeza, pero la mujer no había parado de adorar al Señor, entonces Jesús dijo: Por lo cual te digo que sus pecados, que son muchos, han sido perdonados, porque amó mucho; pero a quien poco se le perdona, poco ama. Y a ella le dijo: Tus pecados han sido perdonados (Lucas 7:36-50).

Esto nos enseña que esta mujer, figura de los pecadores, estaba siendo oprimida por sus pecados y por eso buscó a nuestro profeta por excelencia Jesucristo. Y por último, por falta de espacio, porque no nos alcanzaría una revista entera solo para hablar de esto, la recuperación de la vista a los ciegos; el Señor se encontró con un hombre ciego de nacimiento, del cual preguntaron los discípulos: ¿quién pecó, éste o sus padres, para que naciera ciego? Jesús respondió: Ni éste pecó, ni sus padres; sino que está ciego para que las obras de Dios se manifiesten en él; entonces el Señor hizo barro con su saliva y la untó en los ojos de aquel ciego y lo envió al estanque de Siloé (enviado) y cuando regresó de ahí sus ojos ya veían, después de este suceso hubo gran controversia y el ciego fue llevado a los fariseos, los cuales preguntaron repetidamente a este hombre ¿Quién te abrió los ojos? ¿Qué dices tú de Él, ya que te abrió los ojos? Y él dijo: Es un profeta (Juan 9:1-41).

Esto nos enseña que el ministerio profético del Señor Jesús consistía en abrir los ojos a los ciegos, no solamente físicos, sino también espirituales, por lo que como cuerpo místico de Cristo, hemos sido llamados a ser una iglesia profética, que abre los ojos a los ciegos, de la misma manera podemos ver a Jesús, viendo a la multitud y compadeciéndose de ellos, pidió a sus discípulos les dieran de comer, mas no teniendo más que dos peces y cinco panes, los multiplicó y les dio de comer a todos. La gente entonces, al ver la señal que Jesús había hecho, decía: Verdaderamente este es el Profeta que había de venir al mundo... (Jua 6:1-15). De la misma manera, que Elías lo hizo con la viuda, el Señor multiplica su Palabra para alimentarnos.

LA IGLESIA PROFÉTICA

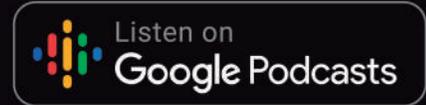
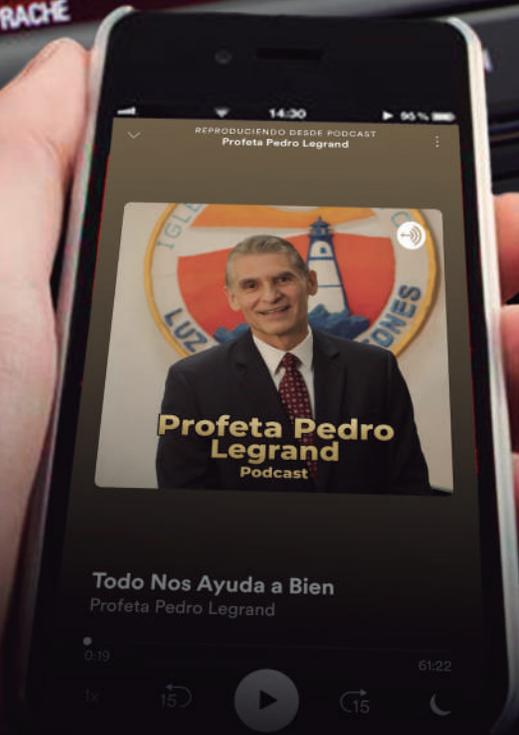
En el libro de Génesis, la Biblia nos relata que el Señor hizo caer un sueño profundo sobre el hombre y éste se durmió (murió); y Dios tomó una de sus costillas y de la costilla el Señor formó una mujer y la trajo al hombre; y el hombre profetizó y dijo: Esta es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne; ella será llamada mujer, porque del hombre fue tomada. Por tanto, el hombre dejará a su padre y a su madre y se unirá a su mujer y serán una sola carne (Génesis cap. 2). Cuando el Señor fue crucificado, como era el día de preparación para la Pascua, a fin de que los cuerpos no se quedaran en la cruz el día de reposo (porque ese día de reposo era muy solemne), pidieron a Pilato que les quebraran las piernas y se los llevaran. Fueron pues, los soldados y quebraron las piernas del primero y también las del otro que había sido crucificado con Jesús; pero cuando llegaron a Jesús, como vieron que ya estaba muerto, no le quebraron las piernas; pero uno de los soldados le traspasó el costado con una lanza y al momento salió sangre y agua. Y el que lo ha visto ha dado testimonio y su testimonio es verdadero; y él sabe que dice la verdad, para que vosotros también creáis (Juan 19:31-35).

Como fue con el primer Adán, también lo fue con el postrer Adán, de su costado salió la esposa; es por esta razón que el apóstol Pablo dice: Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia y se dio a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado por el lavamiento del agua con la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia en toda su gloria, sin que tenga mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuera santa e inmaculada... Porque nadie aborreció jamás su propio cuerpo, sino que lo sustenta y lo cuida, así como también Cristo a la iglesia; porque somos miembros de su cuerpo. Por esto el hombre dejará a su padre y a su madre y se unirá a su mujer y los dos serán una sola carne. Grande es este misterio, pero hablo con referencia a Cristo y a la iglesia (Efesios 5:25-32). Como vemos la Iglesia debe ser lavada con el agua de la Palabra y nosotros tenemos la palabra profética más segura, a la cual hacemos bien en prestar atención, como a una lámpara que brilla en el lugar oscuro, hasta que el día despunte y el lucero de la mañana aparezca en nuestros corazones. Pero ante todo sabed esto, que ninguna profecía de la Escritura es asunto de interpretación personal, pues ninguna profecía fue dada jamás por un acto de voluntad humana, sino que hombres inspirados por el Espíritu Santo hablaron de parte de Dios (2 Pedro 1:19-21); como dice el proverbio: Cuando no hay

profetas, el pueblo se relaja; dichoso el que cumple la ley: (JER3 Proverbios 29:18). Veamos lo sucedido cuando el Señor llegó a la región de Cesarea de Filipo, el Señor preguntó a sus discípulos: ¿quién decís que soy yo? Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Y Jesús, respondiendo, le dijo: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque esto no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Yo también te digo que tú eres Pedro y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella. Yo te daré las llaves del reino de los cielos; y lo que ates en la tierra, será atado en los cielos; y lo que desates en la tierra, será desatado en los cielos (Mateo 16:15-19). La revelación profética de Cristo es el fundamento de la Iglesia, como dice el apóstol: Como niños recién nacidos, desead la leche espiritual pura, a fin de que, por ella, crezcáis para la salvación, si es que habéis gustado que el Señor es bueno. Acercándoos a él, piedra viva, desechada por los hombres, pero elegida, preciosa ante Dios, también vosotros, cual piedras vivas, entrad en la construcción de un edificio espiritual, para un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales, aceptos a Dios por mediación de Jesucristo.

Pues está en la Escritura: He aquí que coloco en Sión, una piedra elegida, angular, preciosa y el que crea en ella no será confundido. Para vosotros los creyentes, el honor; pero para los incrédulos, la piedra que los constructores desecharon, en piedra angular se ha convertido, en piedra de tropiezo y roca de escándalo. Tropiezan en ella porque no creen en la palabra; para esto han sido destinados (1 Pedro 2:2-8). Pablo nos dice que los dones de profecía se acabarán; si hay lenguas, cesarán; si hay conocimiento se acabará, porque en parte conocemos y en parte profetizamos; pero cuando venga lo perfecto, lo incompleto se acabará. Porque ahora vemos por un espejo veladamente, pero entonces veremos cara a cara; ahora conozco en parte, pero entonces conoceré plenamente, como he sido conocido (1 Corintios 13:8-10,12). Por esta razón el apóstol Pablo nos exhorta a alcanzar el amor que permanece para siempre, pero también nos anima a desear ardientemente los dones espirituales, sobre todo que profeticemos, pues el que profetiza edifica a la iglesia. Y agrega: Yo quisiera que todos hablarais en lenguas, pero aún más, que profetizarais; pues el que profetiza es superior al que habla en lenguas, a menos de que las interprete para que la iglesia reciba edificación (1 Corintios 14:1-5). Que el Señor de acuerdo con la promesa dada a Joel, bendiga a su pueblo: Y sucederá que después de esto, derramaré mi Espíritu sobre toda carne; y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán, vuestros ancianos soñarán sueños, vuestros jóvenes verán visiones. Y aun sobre los siervos y las siervas derramaré mi Espíritu en esos días (Joel 2:28,29).

!Escucha el podcast!



www.elfaroradio.online



Ministerios Luz de las Naciones

Santa Cena

**DOMINGO 6
DE DICIEMBRE
10:00 A.M.**



Ministerios Luz de las Naciones